

LA TRAICIÓN DE BRIZO
MATAR TAMBIÉN ES ARTE

Raúl Tort

LA TRAICIÓN DE BRIZO

MATAR TAMBIÉN ES ARTE



Primera edición: noviembre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Raúl Tort
© Diseño de cubierta: Daniel Miró, basado en la escultura en bronce patinado denominada *Giovane Baco festante*, obra de Giuseppe Renda

ISBN: 979-13-88411-66-3
ISBN digital: 979-13-88411-67-0
Depósito legal: M-26566-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis hijas Inés y Luciana

ADVERTENCIA PARA LECTORES DESPREVENIDOS

Todos los autores buscamos cierta complicidad en el lector. Para que un relato o una novela creen un lazo entre el que lee la obra y quien la escribe y esta sea del agrado del destinatario, es necesario que ambos compartan no solo el lenguaje sino también un ámbito cultural que los comprenda a ambos. Únicamente los clásicos superan esa limitación porque no envejecen, expresan valores comprendidos y compartidos universalmente y van más allá de estilos y de modas.

Este libro no está dirigido a cualquier lector. Requiere que quien lo transite, a más de afición a la lectura, posea una educación amplia y ame al arte en sus diversas manifestaciones. Quien no tenga la costumbre de visitar museos y exposiciones, no asista a conciertos, reniegue de la ópera y vaya al cine solamente como pasatiempo, será mejor que lo deje de lado y busque un policial tradicional, porque este le desconcertará.

No es menosprecio a la infinidad de leyentes que procuran un pasatiempo y lo hallan en otros libros y relatores, ni a aquellos que no han recibido la gracia de las musas (valga el arcaísmo) sino que es una mera advertencia, bien intencionada, para que no pierdan el tiempo, siempre valioso, con este volumen que por descuido o ignorancia puede haber caído en sus manos.

Raúl Tort

OBERTURA

Mi afición por la música me ha llevado a sustituir el término introducción o prólogo, por el operístico de Obertura. Es una licencia más, de las muchas que me he tomado al redactar la novela.

Sentí imperiosa necesidad de escribir este libro. Quizás sea una forma de expiación o únicamente un remedio terapéutico para mi espíritu enfermo. Vosotros juzgaréis. La literatura es un medio, pero también un fin en sí misma y escribo con el mismo desenfado con el que vivo.

Mientras que algunos se arrodillan ante un confesionario y cuentan sus pecados al sacerdote a fin de que los absuelva, otros acuden al psicólogo, quien no los perdonará por lo que hayan cometido, pero les explicará por qué lo hicieron. También hay quienes se llevan sus secretos a la tumba, intentando no sean revelados. Yo, en cambio, he resuelto exponerlos en el texto que ahora comenzáis a leer.

No requiero el perdón, porque yo mismo me he absuelto y no necesito que nadie me diga la razón de mis actos, pues siempre la supe.

Esta será una declaración laica, exenta de misticismo. No procurará indulgencia, dado que tampoco implicará ni arrepentimiento ni enmienda. Servirá, sí, para aliviar mi conciencia, que se reconoce culpable.

En vez de exponer acciones y omisiones al oído de un sacerdote o de un profesional psiquiátrico, he preferido consignarlas por escrito, al alcance de todos y de cualquiera. Si me permitís la exageración, *urbi et orbi*.

Teniendo en cuenta que la esencia de un romance literario es la ficción y no la veracidad, pensaréis, y con razón fundada, que siendo este un testimonio, debiera tener el formato de las autobiografías y no el de las novelas, que es el que le daré. Os lo explico y ruego me concedáis vuestra aquiescencia con ello.

Soy escritor y, como todo literato, pretendo ser leído. La forma novelada es un señuelo para que mi historia resulte más interesante que lo que sería una mera relación cronográfica de lo sucedido. He incurrido en ciertas licencias narrativas que se apartan de la realidad al solo efecto de hacer más atractivo el relato, pero ello no altera el hecho de que se trate de una memoria genuina y veraz.

Siempre he gozado al cumplir la función de *deus ex machina*, es decir el *dios* autor que resuelve a su arbitrio las situaciones que presenta la trama, el demiurgo que crea los personajes, los dota de vida, determina sus vicisitudes y los mata cuando quiere. Sin embargo, en esta obra los actores son seres reales que me condicionan con sus actuaciones en el mundo verdadero, muy diferente al de los escenarios donde transcurren mis anteriores novelas.

Soy amante del arte pictórico, pero nunca me atreví a empuñar un pincel. Me apasiona la música, aunque tampoco fui capaz de interpretarla con cierto decoro. He intentado que mi prosa, cuando fuera apropiado, concordase con las melodías que me inspiraban lo que escribía. Por lo tanto, en muchos párrafos hallaréis referencias a temas musicales que me resultaron acordes con lo que relataba. Puede que esto no guste a todos, por lo que me disculpo.

Otra característica que encontraréis en el texto es la reiterada alusión, no solo a la música, sino también a óleos y estatuas que me ha parecido oportuno incluir, puesto que, como iréis viendo, mi vida gira en torno a dos temas fundamentales: el arte y la literatura, en simbiosis ambas con el amor por tres mujeres. Si la proliferación de referencias os abruma, confío que el relato sea lo suficientemente atractivo como para disculpar mis excesos.

Este artificio requiere la complicidad del lector. Le demandará ciertos conocimientos que a veces puede no tener presentes, pero

estimo que, de interesarle, los medios electrónicos contemporáneos le permitirán acceder tanto a los cuadros como a las esculturas y asimismo a los filmes que mencionaré y a las reseñas literarias que me plació incluir.

Los pintores impresionistas constituyen el eje de mi colección pictórica y esta, a su vez, es esencial en mi devenir. Os propongo entonces, si concuerda con vuestra afinidad, que comencéis a leer este volumen oyendo algo compuesto por un músico calificado como impresionista, el admirable Claude Debussy. Podríais elegir «Brouillards» o «Les sons et les parfums tournent dans l'air du soire». Poned la grabación escogida a bajo volumen y no os distraerá de la lectura.

Tengo las manos manchadas de sangre. La metáfora no puede ocultar lo terrible de mi conducta, pero todos los crímenes, por más horrendos que hayan sido, acaban siendo olvidados y esta novela, en cambio, perdurará como cualquier documento al que, hoy en día, la informática, con su implacable memoria y nubes de datos, ha hecho imperecedero.

Por tratarse de una historia policial lo más común sería que los aconteceres que constituyen el nudo esencial del argumento fueran expuestos con rapidez en los primeros folios, para así interesar y alentar al lector. En mi caso, he preferido dosificar lo que cuento con cierta parsimonia, porque la comprensión de mis acciones dependerá de la sucesión de circunstancias que debo exponeros previamente. Estimo que al acabar la obra habré incluido todas las que fueron relevantes al fin procurado.

Puede que al mediar la lectura os preguntéis: ¿Qué habrá querido escribir el autor?, ¿un drama policial?, ¿una comedia?, ¿una farsa? ¿Pretende ser romántico?, ¿darnos lecciones?, ¿demostrar su sapiencia?, ¿burlarse de nosotros? Su tono va de lo serio a lo irónico y hasta cuando intenta ser cómico, casi siempre resulta sarcástico. Tiene párrafos líricos, expresados con arrebato, como así también algunos obvios y petulantes que desmerecen el contexto…

No tengo otra respuesta más que deciros que he procurado escribir tal como lo es la vida misma, con sus momentos de pasión

y de odio, de acción y de serenidad, de arrebato y de raciocinio. He intentado ser auténtico. Si hago gala de cierto *english humor* se debe a que mi naturaleza es sardónica, escéptica y un poco cruel. Debajo de esa máscara podréis descubrir al hombre enamorado, petulante y poco recomendable que soy.

En mi relato, lo superfluo es esencial. Falto de ese andamiaje, la novela se quedaría en mera crónica policial, sin más atractivo que su crudeza. Los libros de carácter autobiográfico intentan congraciar a los lectores con el autor. Aquí, posiblemente, solo lograré asombrarles con mi desvergüenza, que podréis considerar desahogo o cinismo. Sé que esta obra no cuaja con las formas de uso actuales y que, si yo fuera pintor o arquitecto, sería considerada barroca o manierista, ostentosa y hasta amanerada, pero los autores de hoy en día, en su afán de ceñirse a los hechos despojándolos de aquello que consideran superfluo, suelen dejar las acciones sin marco de referencia, privándolas de todo ornato y pudiendo acabar ellos también al desnudo, exhibiendo sus limitaciones.

Copiando descaradamente a Robert Graves, podría haber titulado esta novela *Yo, Octavio*, pero partiría dejando constancia de mi soberbia, la que debo ocultar. Hacer alarde de un defecto no lo justifica y solo lo exagera.

Veréis que encabezar este capítulo con una referencia a Thomas De Quincey y al título de sus poemas en prosa he sido premonitorio.

Empero, no quiero engañaros. Esta narración es una confesión de mis crímenes. Soy un asesino irredento. Aunque el inicio del texto os resulte apacible, veréis que es solo una introducción amable a mi historia. He jugado, cínicamente, con el nombre de la novela de Daniel Sueiro *El arte de matar* para titular la mía

PRIMERA PARTE

BRIZO

1

POZUELO

Comienzo a escribir este libro en el despacho de mi casa de Pozuelo de Alarcón, tierras que supieron llamar antiguamente de Aravaca, donde la gracia de los manantiales y arroyos han creado un ámbito privilegiado para quienes tenemos la merced de habitarlas. Privilegiado fue también, allá por el mil seiscientos, don Gabriel de Ocaña y Alarcón, quien pudo incorporar la villa a su mayorazgo con la complacencia de Su Majestad, el monarca don Felipe IV, cuando, necesitado el *Rey Planeta* de paliar la bancarrota de las arcas reales, acudió a la venta de sus realengos.

La cercanía de la Casa de Campo, del Prado, del Parque forestal y de las dehesas y ejidos de los ayuntamientos circundantes nos permiten fraguar que residimos en la campiña y lejos del tumultuoso Madrid. Sin embargo, estamos unidos a la Capital por el cordón umbilical que conforman autovía y carreteras, que hacen fácil lo que antiguamente era fatigoso y ponen a tiro de piedra la ciudad, desde el selecto arrabal donde me hallo.

Ha comenzado el verano, pero la temperatura se muestra aún benigna y la primavera se resiste a dejarnos. Es muy tarde ya, pero quiero acabar al menos un capítulo de la narración.

Es probable que esta introducción os resulte artificiosa para el inicio de una novela negra, que es lo que os prometo leeréis, pero como se trata también de una confesión y estará «basada en hechos reales» (así suelen anunciarse algunas series de la televisión), me he

permitido expresarme a lo largo de su desarrollo con palabras que quizás os parezcan afectadas y con descripciones escenográficas prescindibles. Probablemente ambas características me complazcan más a mí, su redactor, que a vosotros, los lectores, pero allí las dejo. Tendréis que soportar también vocablos en otras lenguas, pleonasmos y giros sintácticos rebuscados. Son florituras. Podría prescindir de ellos, pero no quiero hacerlo porque las uso habitualmente y me satisfacen cuando manifiestan mejor lo que intento formular.

Será mi última novela y por lo tanto no me ceñiré, como en las anteriores, al gusto del posible lector, sino al mío propio. Soy un hombre educado a la antigua usanza, utilizo el idioma castellano con precisión de cirujano, omito las malas palabras, tengo cierto recato, respeto las formas y evito lo que estimo grosero o simplemente de mal gusto, aunque por ello me tilden de afectado.

He encuadrado adrede la trama con una ambientación que recuerda a la vieja y exitosa serie televisiva denominada *Dinastía*, que algunos recordaréis, porque sé que muchos lectores se recrean con la descripción de entornos que les son ajenos y a los que solo pueden acceder a través de la literatura o de las pantallas. Tuve la suerte de no tener que inventar un marco ficticio, sino describir mi medio real, este en el que vivo y me he criado. Mientras la redactaba tuve presente la novela *Los ricos son diferentes*, de Susan Howatch, porque recordé haberme regodeado con su lectura, que abunda en descripciones del ámbito social en el que se mueven sus personajes y porque yo me sé distinto, tal como dicha autora los describe a ellos.

Podréis considerarme pasado de moda y endilgarme que me voy por las ramas en vez de encarar la trama con el ímpetu con el que acometen las suyas James Hadley Chase o Raymond Chandler. Consideradlo natural. Quien escribe para confesar sus pecados, es razonable se extienda en prolegómenos que podrían quitar hierro a su culpa, tal como lo dije ya en las primeras páginas. No obstante, os aseguro que, llegado el momento, utilizaré los recursos propios de la literatura policial y no omitiré detalle que sirva para saciar la

curiosidad del leyente o motivar su ingenio detectivesco. Dicho esto, sigo con lo mío, lo que experimento ahora y que me sirve de inicio.

He preferido un comienzo amable, como si fueran las notas de un *gnossienne* de Erik Satie y así es que, para que entréis en ambiente, os digo:

2

ALHAMBRA

Suspiria de profundis

He abierto el ventanal. El perfume del jardín ha invadido la estancia. La noche se corporeiza y está presente en los efluvios del aroma. Las damas de noche, las *cestrum nocturnus* en lenguaje botánico, son las flores que la impregnan con esa fragancia intensa y característica que hace dulce la vigilia.

Salgo a la terraza y observo el cielo despejado, con más estrellas visibles que las que nos permite admirar el de la Villa y Corte, donde en un tiempo pasado residí. En los alrededores, las ventanas iluminadas de los chalets silenciosos me recuerdan que allí afuera están mis vecinos, cuya presencia —algo distante— no es molesta, sino que acompaña nuestra existencia recoleta, sin interferir en su plácido devenir.

Mi imaginación, siempre fantasiosa, me hace fabular que algo mágico sublima el panorama que alcanzo a vislumbrar. Olvido por un momento que no es este municipio un lugar idílico, sino tan solo una localidad periférica de la capital del reino, en cuyas calles, si nos alejamos de la Avenida Europa y del bullicio comercial, se goza de una calma semejante a la de las huertas y las quintas de los aledaños y se respira la diáfana atmósfera precursora del clima de las sierras.

Aunque viajero impenitente, quise edificar aquí la casa que confío será mi residencia permanente hasta el final de mis días junto

a Chiara, aunque mi actual esposa piensa que sería mejor para ambos dejar este lugar con sus recuerdos aciagos y mudarnos a otra vivienda. Yo sostengo que el pasado no está en las cosas, sino en nosotros y que, salvo que a ella le resulte incómodo vivir en un hogar que decoré con Pía y donde irrumpió Greta, yo prefiero quedarme aquí, rodeado de los objetos que he ido acumulando y tienen su preciso lugar donde ahora se hallan. Aunque no lo podáis comprender aún, me siento como un centinela que custodia algo que le fue confiado.

Cuando el aire trae la brisa fresca del Guadarrama, se han acallado las voces de los transeúntes, el tránsito de los coches es un leve rumor que me permite oír el croar de la rana que pretende invadir la piscina y oigo hasta el zumbido de los insectos buscando inmolarse en la farola que ilumina la solana, me siento como debió sentirse Boabdil, el emir nazarí, en su alcazaba Granadina, mientras paseaba su insomnio de estío por los jardines de la Alhambra antes de rendir la ciudadela al católico rey Fernando de Aragón. Sé que es una comparación exagerada esta de buscar semejanzas con el sultán moro y su espléndido palacio, pero tal es mi índole, ilusa y pretenciosa.

Quizás él, en noches de insomnio de su castillo andalusí, haya padecido el desasosiego del remordimiento por tantas vidas que costó su trono. Yo no siento remordimiento alguno, pese a mis faltas, pero reconozco que, aunque mi existencia transcurra ahora con placidez y haya superado los traumas que causaron mis propias y extremas determinaciones, no puedo evitar que, de vez en cuando la memoria vuelva a importunarme y me parezca ver entonces a la imborrable Greta cual si viviera, pues, como en el poema de Wordsworth: *aunque el resplandor que en otro tiempo fue tan brillante hoy esté por siempre oculto a mis miradas… la belleza subsiste en el recuerdo*. Disculpen esta digresión, inoportuna y no apropiada para un relato de cariz policial.

El parque está apenas en sombras, porque la prudencia me impide apagar las luminarias, tal como sería de mi agrado hacerlo. La

oscuridad es un cebo para los amigos de lo ajeno y es mejor prevenir de ese modo el asalto de delincuentes que pudieran amparase en las penumbras, aunque considero que los perros guardianes nos protegerían, si así ocurriera, de todo intruso. El ir y venir de los canes desplazándose por la gramilla no hace aconsejable instalar alarmas interiores que reiterarían falsos sobresaltos. Con los animales sueltos, dudo que alguien se atreviera a superar los muros. Una valla de mampostería, alta, prolongada en rejas de extremos aguzados, preserva nuestra intimidad. Abarca el perímetro íntegro de la finca, mucho más extensa que las del vecindario. He logrado que la hiedra la cubra casi por completo, para soslayar la sensación de encierro que daría el cerco sin el glauco camuflaje.

Un guarda jurado se pasea frente a la propiedad cuando no controla el entorno desde la garita. Sufragamos su costo entre varios colindantes que nos sentimos así menos expuestos a los malhechores, aunque no me agrada el control a mis desplazamientos que necesariamente implica su presencia. Las cámaras de vigilancia completan nuestra seguridad, grabando cuanto suceda en el acceso y a lo largo del cerco y de los linderos.

Los dos dobermans de pelaje renegrido que crío desde cachorros me aceptan como su amo indiscutible y velan por la casa y sus moradores. Los apodé Führer y Olaff. Ambos obedecen mis órdenes y saben a quiénes deben respetar. Cumplen su misión de vigilantes y van olisqueando de un lado a otro el solar, sigilosos y letales, como fantasmas en las tinieblas, indiferentes a Brizo, que tampoco puede verlos.

Vuelvo ahora al despacho, a continuar escribiendo.

3

PARAÍSO

La vivienda donde estoy se alza, aprovechando una suave loma, lejos del portón de acceso. Detrás se encuentran las habitaciones del personal doméstico, separadas estas una decena de metros de la casa principal. Así se lo requerí al arquitecto, para que el servicio no interfiriese en nuestra vida privada.

En uno de sus laterales están la piscina, de formato armonioso, y el solario, de recia madera de teca. Un paisajista, émulo de Thais, ha diseñado el parque con su arboleda y el cenador. Es un vergel que requiere la diaria atención de Hilario, el jardinero, quien, llega cada mañana para cuidar de los canteros y parterres, quitar las malas hierbas y luego segar la grama que crece con fuerza y requiere el incesante trajinar del pequeño tractor cortacésped cuyo uso retarda hasta comprobar que nos hemos despertado, para no molestarnos con el ruido que ocasionaría su rotar. Los perros lo siguen con atención, como si verificaran su trabajo. Él también se ocupa de la limpieza de la piscina externa y de revisar el nivel del cloro. Por la tarde, antes de marcharse, riega con cuidado arriates y rocallas y pone en funcionamiento el temporizador de los aspersores que irrigarán la yerba durante un corto período nocturno, conforme a lo que programe como lapso necesario para mantener al prado lozano, con el color verde esmeralda que me gratifica.

Para los musulmanes el Paraíso es un maravilloso prado donde el agua y el follaje se complementan. Yo me conformo con esta

al-yanna sin *huríes,* que no depende de la misericordia de Alá ni de su juicio sobre mi conducta terrena. Por ser el de Pozuelo mi *jardín de las Hespérides*, tuve que ponerlo, como al mitológico, bajo la protección de una ninfa y elegí para ello a Brizo. Ya lo veréis. A falta del dragón *Ladón*, el de cien cabezas, fie su vigilancia a los confiables canes que os he nombrado. Un artista de la arcilla cocida ha diseñado mi propio dragón, ese que adorna las cerámicas insertas en una de las jambas y que indican cómo se denomina nuestra finca. Está inspirado en el que decora el portón del Jardín de las Hespérides de los pabellones Güell, de Antoni Gaudí, en Barcelona.

Lamento haber tenido que darle a Hilario, un hombre habitualmente sonriente, tal como lo que su nombre significa, el disgusto que más adelante sabréis debí ocasionarle, porque mi jardinero es una buena persona y le tengo afecto.

Trabajo tiene por demás, ya que he querido imitar a Monet y a su pensil de *Giverny*. Por tal, he hecho disponer y sembrar gran variedad de flores. Las peonías, dalias, ásteres, calthas, crisantemos y lirios, entre otras muchas especies, conforman una espléndida mezcla de colores con *acordes, contrastes y transiciones* que recrean la vista y hago alternar según las estaciones. Confieso que me hubiera gustado contemplar las *nymphéas* que obsesionaron al maestro, flotando aquí, en un estanque iridiscente, para recreo de mi vista, pero los nenúfares son incompatibles con el uso natural de nuestra piscina y la superficie del terreno, si bien es amplia, no permite extravagancias.

La mansión —la llamo así porque realmente lo es y no cabe en esta autobiografía la falsa modestia— confieso es excesiva para una familia de tan solo dos integrantes y donde no habrá niños, porque ni Chiara ni yo deseamos que nadie irrumpa nuestra lograda armonía. Si sois como la mayoría, amantes de las crianzas, pensaréis que somos egoístas y que no quisimos ser padres. No es así, mi primera esposa no pudo dármelos, Greta no quiso arriesgar su silueta y Chiara ha sobrepasado la edad idónea para gestar. No queremos recurrir a soluciones médicas y rechazamos por completo la idea de adoptar. Además, reconozco que con los años me he vuelto intolerante y me

molesta la mala educación, tan común en los infantes de hoy en día. Como ninguno de los dos tenemos herederos forzosos, podemos disponer nuestros testamentos con absoluta libertad y destinaremos las herencias sobrevinientes a un fin elevado.

He mencionado a Brizo como al pasar. Ha sido un recurso para que os preguntarais quién es la susodicha… Os lo digo ya. Es una estatua muy particular, a la que me siento ligado como por un sortilegio. También cité el nombre de Greta, y a ella dedicaré muchas páginas, ya que esta narración gira en torno a su persona y a su ausencia. Lo haré más adelante, porque ahora es el turno de Brizo.

Desde que puse allí la escultura, delante de ese parterre, y como asomándose desde un macizo de plantas tropicales, concita todas las miradas de quienes acceden al predio. En un forzado paralelismo, me recuerda los óleos de Henri Rousseau y a sus mujeres delineadas contra el fondo de una jungla surreal de flores gigantes o de vegetación impenetrable. En particular, vienen a mi mente *El sueño de Jadwigha* y *La encantadora de serpientes*. Perdonen este circunloquio al que me lleva mi petulante versación pictórica, pues poco o nada tiene ella, Brizo, de *fauve* o de *naïf*, ni tampoco del cálido clima selvático que insinúa *Le Douanier* en sus telas, o de la morbidez de la carne expuesta en sus óleos. Por contrario, presenta la rigidez del bronce que, cual *la piedra dura ya no siente* y su piel, que nunca envejecerá, lisa y sin máculas, es ardiente bajo el sol y fría después del crepúsculo.

Creo que todos los amantes del arte o de la belleza, que son casi lo mismo, suelen verse atraídos por una obra en particular. Los mecanismos de la mente o de la sensibilidad son tan misteriosos como los designios de Dios. Brizo me conquistó desde que la alcé sobre su pedestal. De haber sido una mujer de carne y hueso diría que fue un amor a primera vista. Por tratarse de un bronce debo darle otro nombre. Fascinación, quizás sea el adecuado. Lo cierto es que entre «ella» y yo hay un lazo que no puedo explicar con palabras y que los acontecimientos han hecho sea imperecedero. Fue testigo de lo sucedido e instrumento de mi accionar. Ya os lo contaré.

4

LA VENUS PÚDICA

Desde el ventanal del despacho puedo contemplarla cada vez que giro mi cabeza hacia afuera y veo entonces su silueta oscura contrastando con la claridad del amanal. Majestuosa, altiva, seductora… e inmóvil, con su pie derecho rozando el agua de la alberca en un movimiento detenido en el preciso instante en el que, de continuar avanzando, descendería por los escalones para sumergirse en ese mínimo mar en cuya orilla de mármol mi antojo la ha instalado. El artista que la creó ha logrado plasmar el milagro del tiempo suspendido y hacernos partícipes de la acción congelada.

Es aún de noche. La luna, que ha tejido un *velo de nardos*, se refleja en la superficie del estanque, que la brisa hace rielar multiplicando sus destellos y el rocío ha cubierto la diosa con un sutil manto de humedad en el que la luz de un fanal acentúa los claroscuros de su figura y le da un aura misteriosa que la destaca del entorno caliginoso.

Ella —me permito humanizarla— es una deidad griega, intérprete de sueños y protectora de navegantes. Quien haya frecuentado los museos la hallará parecida a una de las «*Venus púdicas*», la copia de Praxíteles que se exhibe en las Galerías Capitolinas, pero mi Brizo no es pudorosa, sino insinuante y voluptuosa. Se yergue en la escalinata ingrávida y bellísima en su desnudez de bronce. Una de sus manos, más que ocultar semeja acariciar un pecho u ofrecerlo sin recato a quien la mire, mientras que la otra oculta el pubis en un

gesto que no es de decoro sino de coquetería. Se advierten la rotundez de sus nalgas y el exquisito modelado de las piernas. En el rostro, enmarcado por la cabellera que le cae rizada sobre el dorso, resalta el delicado delineado de los labios insinuando una sonrisa. La proporción de su recta nariz bajo la frente amplia y despejada es perfecta y la permisividad del bronce nos permite imaginar sus clisos con el color que prefiramos configurarlos. Yo los supongo entre azules y aceitunados, como la coloratura del océano que debiera ser su hábitat y su reino, semejantes a los de la ausente Greta, cuyos insondables ojos nunca me cansé de admirar.

Quizás haya tenido su cabeza incrustaciones de jade, mármol o lapislázuli para simular el iris de sus ojos, artificios de las que el tiempo la ha privado. Yo sé que, aun ciega, ha visto el epílogo de mi pasión.

Advertirán que me he dejado seducir por esta mujer inerte que parece emerger de un florido Edén vegetal y se dispone al baño. La pátina, lejos de afearla, le ha dado, a mi entender, más hermosura que la que debió tener al revelarse de su molde y no me he atrevido a quitarla —y por tal intervención dejarla reluciente como las de tantos monumentos de París— porque temo restarle así parte de su encanto y ver entonces en ella solo una aleación de cobre y estaño.

Esta rival de *Pyhtia* hubo de realizar un largo viaje para llegar hasta su actual morada atravesando el mar, primero desde Europa a América y, dos siglos después, regresar al viejo continente para recalar en esta casa sita en una calle con pretencioso nombre de gema preciosa. Aquí, en el barrio donde se alza metafóricamente mi torre de marfil, enfrento ahora al ordenador en cuyas entrañas voy a dejar reflejada la historia de Brizo y la de mis vicisitudes. Ella ha encontrado un remedo de *ponto* y descansará aquí sus fatigas al abrigo de los *boras* y los *estesios*. Yo, esta tregua que me brinda el destino y ansío sea duradera.

No me fue fácil proveerme de ese bronce y no voy a abrumaros ahora con el detalle de tales gestiones, porque probablemente os

harían tedioso el inicio de esta narración y os induciría a dejarla. Todos sabemos que la suerte de una novela suele depender del atractivo que despierten sus primeras páginas. Lo haré después, una vez que haya descripto su entorno, o sea la Villa La Macarena.